

PRÓLOGO

Una disciplina científica se reconoce y legitima cuando logra construir su propia *episteme* definiendo, sin ambigüedades, las teorías, los conceptos, los métodos y las técnicas de investigación para observar, analizar, interpretar y explicar su objeto de estudio. De esta manera, Durkheim delimitó las fronteras entre la psicología y la historia para demarcar los hechos sociales, el método para observarlos, clasificarlos y explicarlos, lo cual expone en su clásica y magistral obra: *Las reglas del método sociológico*. En este mismo sentido, Max Weber escribe su monumental texto: *Ensayos sobre metodología sociológica*.

El estado de la profesión del trabajo social, en la actualidad, es análogo a la de Durkheim a finales del siglo XIX y principios del XX. El sociólogo, antropólogo y filósofo francés, para su época, no tuvo otro camino que acudir a los conceptos de las ciencias naturales, en particular, la biología y la medicina: célula, cuerpo, organismo, lo normal, lo patológico que, unidos a la combinación de métodos del empirismo (Bacon) y del racionalismo (Descartes), le sirven de apoyo teórico y metodológico para la rigurosa epistemología de la sociología, acuñando conceptos como morfología social que es de una utilidad incuestionable para elaborar, en orden lógico, los diagnósticos sociales. ¡He aquí otro concepto de la medicina: diagnósticos! Por ello, quizá los trabajadores sociales tienen una ventaja relativa: los conceptos que utilizan en la investigación y en las prácticas sociales provienen de la sociología, la antropología, la psicología, la epistemología, la economía, que son propios de áreas de las ciencias sociales más cercanos a su quehacer académico y desempeño profesional lo cual les permite entrecruzarlos para construir sus propias categorías.

Con frecuencia escucho trabajadores sociales y estudiantes angustiados ante la evidencia del vacío que les produce un saber que aún no ha logrado su estatus epistemológico. Para responder a esta encrucijada fuerzan las discusiones sustentando que es una ciencia porque investiga, pero no toda investigación es producción de conocimiento. Si el asunto fuera tan sim-

ple, Colciencias y las universidades gozarían de una hiperinflación de producciones científicas, sin embargo, esto no sucede, pues los investigadores que producen conocimiento son una pequeña élite. Así, la angustia epistemológica de los trabajadores sociales es un significativo punto a favor que los mantiene en crisis. La autorreflexión sobre las teorías, los conceptos y los métodos que la sustentan, lo mismo que la minuciosidad fenomenológica y técnica que exigen las prácticas sociales, son premisas básicas para producir conocimiento, así, con seguridad serán los llamados a orientar procesos de cambio social apoyados en el rigor teórico que requiere la observación y el análisis de los complejos problemas sociales.

La comunidad es una idea ontológica (Platón), un tipo ideal (Weber); contiene elementos conceptuales que son representaciones (Platón), determinaciones (Hegel); así, observamos, en las interacciones sociales, fenómenos: lazos comunitarios particulares, pero no comunidad, de ahí la exigencia de Durkheim para conectar la observación de los hechos sociales, de contrastar la realidad con los aspectos que deben definirse de manera clara evitando las prenociones, las nociones y los sesgos ideológicos, por eso es común encontrar trabajos académicos en cuyos títulos ya muestran los errores epistémicos: estudio de la comunidad de la vereda X, diagnóstico de la comunidad del barrio Ciudadela Z, y cuando se leen los informes nos enteramos que la vereda no es una comunidad y el barrio no es un barrio, ni ciudadela, ni comunidad.

Una inconsistencia que argumenta Duque es la de asignarle el nombre de comunidades a los sectores populares o marginados. Si pensamos en la relación coherente entre lo premoderno y lo comunitario, chocamos con el absurdo de tal asociación. Si pensamos que ser moderno es vivir el instante (Berman), al filo de la navaja, dispuestos para enfrentar los avatares desgarradores de la existencia, despojados del arraigo a las tradiciones, arrojados al mundo en una constante aventura, entonces los habitantes de las barriadas de las ciudades en América Latina son los más modernos. Los estudios demográficos han demostrado que los porcentajes más altos de las relaciones de pareja en unión libre, están en los sectores populares, lo contrario sucede con las clases media y alta que conservan la imagen de las tradiciones en múltiples representaciones de la vida cotidiana: cosmovisiones religiosas, matrimonios, cohesión de grupos, afiliaciones a clubes, practican los mismos deportes y juegos, estimulan la conformación de parejas entre integrantes de clases similares, etc. Estos elementos son contundentes para afirmar la existencia de lazos comunitarios y las formas de actuar en comunidad (Weber) son más densas en sectores sociales medios y altos, que en los populares y marginados, empero estas colectividades son denominadas comunidades sobre las cuales hay que intervenir y “generar procesos de acompañamiento” protagonizados por los agentes

sociales ciudadanos que orientan los procesos de “empoderamiento” para las comunidades constituidas por grupos que aún no acceden a la mayoría de edad (Kant).

El imperativo de la cosmovisión moderna que se atiene al uso de la razón confrontada con la experiencia, como la única fuente de explicación de la realidad, señalando las tradiciones como jurásicas, argumenta el descentramiento del sujeto colectivo de las comunidades guiadas por creencias mitológicas y teológicas, para darle paso a la autonomía, la libertad y la voluntad de poder del sujeto individual liberado de las quimeras premodernas, que se expresan en el desencantamiento de las imágenes del mundo (Weber). Al parecer no es posible despojar de un solo tajo las creencias y la fe a los seres humanos, por tal motivo, ante la crisis de espiritualidad moderna, surge un re-encantamiento posmoderno (Vattimo) de las imágenes del mundo que se demuestran con el seguimiento de sectas místicas y esotéricas que re-ligan a los sujetos atomizados de las sociedades modernas, pero, también, se establecen nuevos lazos comunitarios a formas de actuar en comunidad (Weber) seculares, que se cohesionan por intereses económicos, culturales, recreativos, de amistad, de afinidad por *hobbies*, coleccionistas, deportivos, a los que Duque denomina comunidades de sentido o de interés.

El itinerario teórico e histórico que expone Duque, desde el inicio del trabajo social, con una fuerte influencia filantrópica, su oscilación al otro extremo del péndulo con las tendencias marxistas, el estructural funcionalismo, la reconceptualización, las prácticas sociales neoliberales y asistencialistas y, ahora, el retorno pseudomarxista con la escarapela políticamente correcta del trabajo social crítico, es de enorme utilidad para diferenciar el rigor epistémico de las teorías de las corrientes sociales ideológicas (Durkheim) que influyen en las investigaciones y en las orientaciones de las prácticas sociales.

Ante el hiperindividualismo de las sociedades modernas que se cohesionan por la división del trabajo (solidaridad orgánica, Durkheim), por la moda (Lipovetzky), con una notable carga de enajenación (Marx), surgen, desde los agentes sociales, dos tendencias.

Una neo-conservadora que sataniza el egoísmo en el que han desembocado las sociedades modernas, que se acentúa con la globalización económica ante la cual propone, como solución, mirar por el espejo retrovisor a las comunidades naturales tradicionales, afirmando, con una valoración y sobre valoración no objetiva, que son el modelo de comunidades equilibradas. Luego, inspiradas en ellas, emprenden, con ingenuidad epistémica, prácticas sociales para promover la conformación de comunidades en sectores populares de las ciudades o en veredas suburbanas o rurales, sin tener en cuenta las condiciones reales de los sistemas de acción de las

colectividades que pretenden transformar. Los agentes sociales no viven en comunidades, sin embargo, el propósito es trabajar con ahínco para que otros las conformen, aunque es poco posible que hagan prácticas sociales en la vereda, el barrio, el conjunto cerrado, el pueblo o la comarca donde habitan para convertirlas en comunidades. Aquí la relación simultánea y recíproca sujeto-objeto, en Weber, se derrumba para legitimar a los agentes sociales como observadores excéntricos separados del objeto de estudio o de los receptores de las prácticas sociales, de tal manera que la insistencia en el discurso social de la relación entre sujeto-objeto se mantiene en la teoría y se suprime en la práctica, olvidando e ignorando una pregunta crucial en la sociología comprensiva de Weber: ¿cómo es posible la objetividad en la investigación social si el sujeto que investiga es, a su vez, objeto de estudio?

La segunda opción en la acción social considera necesario enfrentar el hiperindividualismo de las sociedades modernas, no por la vía del control sobre el sujeto que ejercen las comunidades, sino fomentando formas de cohesión en las que se mantiene la autonomía y la libertad individual, conformando grupos con expectativas y finalidades comunes basadas en acuerdos justos sustentados en una “acción racional por valores”, a lo que Weber llama “actuar en comunidad”, para referirse, en particular, a pequeños grupos cada vez más relevantes en sociedades fragmentadas, a las que Duque denomina comunidades de sentido o de interés, pues, cuando estas organizaciones crecen en sus finalidades y en integrantes, se convierten en asociaciones de la sociedad civil, gremios, o movimientos sociales dependiendo de su capacidad económica y política para intervenir en las decisiones de poder del Estado o la sociedad.

Duque expone, además, tres temas nodales en orden analítico sin perder la mirada de conjunto a los problemas de una profesión que, a pesar de tantos años de estar legitimada, por su quehacer práctico, aún es evidente la antinomia, cargada de altas dosis de angustia epistemológica, de algunos trabajadores sociales para sustentarla como una disciplina científica, que sólo es posible reconocerla si logra definir de manera clara su objeto de estudio y elaborar teorías, conceptos, métodos y técnicas de investigación propias de su desempeño teórico en la investigación y, teórico-práctico, en su función de apoyo social.

Este trabajo es una idea regulativa (Kant) de enorme utilidad académica para los trabajadores sociales, psicólogos, antropólogos, sociólogos y otros profesionales o agentes sociales que laboran en programas y procesos en los que interactúan con grupos humanos que pueden, sin mayor dificultad, analizar, comprender e interpretar un texto en el que, sin descuidar el rigor del discurso académico, elabora un lenguaje coherente asequible para otras áreas académicas.

La exposición de los capítulos contiene una introducción sintética que ubica con precisión a los lectores. La manera como desglosa los temas, la conclusión y la bibliografía es una muestra de la coherencia lógica de cada capítulo y del texto en su conjunto. La obra es un aporte novedoso, en ella se esclarece la diferencia epistémica entre profesión y disciplina y señala caminos para ubicar el abanico de opciones disciplinares, profesionales y prácticas para los trabajadores sociales.

El título de la obra expresa la unidad de los diversos temas que desarrolla. Espero con entusiasmo objetivo que se convierta en un libro de consulta indispensable para estudiantes, docentes, investigadores del área de trabajo social y trabajadores sociales ocupados en labores prácticas de su profesión.

Gustavo Pinzón Sánchez

Sociólogo. Magíster en Sociología de la cultura, Universidad Nacional.

Director Centro de Estudios e Investigaciones Regionales – CEIR.

Docente Programa de Trabajo Social. Universidad del Quindío.